

A José María Lobos Bejarano

In memoriam

Querido José María,

El día que te conocí, me impresionó vivamente tu aire circunspecto, de hombre que se toma muy en serio todo lo que tiene entre manos. De eso hace algo más de una década, cuando aceptamos el testigo de Carlos Brotons para coordinar el Comité Español Interdisciplinario de Prevención Cardiovascular. Muy pronto se confirmó esa primera impresión de hombre formal y responsable, en el que se puede confiar a ciegas. Después, con el paso de los años, descubrí a una persona devota de su familia («Como en casa no se está en ningún sitio»), profundamente comprometida con su profesión, leal con sus amigos, y con una sensibilidad especial para las cosas sencillas y sin artificios, pero firmes y consistentes, como los paisajes Kársticos. Un excelente MÉDICO (sí, con mayúsculas), con esa humildad intelectual de los grandes profesionales, tan dado a restar importancia a tus propios logros como a mostrarte exultante y generoso con los ajenos. Trabajador incansable, también tenías tus distracciones, el merecido descanso del guerrero, cómo el fútbol y los rallies, aficiones a las que te entregabas con pasión, pero sin estridencias.

Comprometido hasta el final, todavía tuviste la determinación suficiente para salvar otra vida cuando la tuya ya se te escapaba de las manos sin previo aviso, y te mantuviste firme, al pie del cañón, hasta el último momento, cuando tu cuerpo dijo basta. Pusiste en juego tu saber cómo médico, con un acertado y rápido diagnóstico, te remangaste para solventar los trámites administrativos y echaste el resto para que el paciente fuera atendido con la urgencia requerida, pues un retraso en el tratamiento hubiera podido resultar fatal. Gracias a tu perseverancia y tenacidad, el paciente entró en quirófano a tiempo, en el hospital donde tú mismo habías ingresado tan solo unos días antes, y la operación fue un éxito completo. Por desgracia, tú no pudiste superar el zarpazo imprevisto de una enfermedad que, no obstante, combatiste con entereza; pero ese paciente y su familia no te olvidan, como tampoco te olvidamos los demás: pacientes, amigos, colegas y familiares, y muy especialmente Marga y tus tres hijas, que estuvieron a tu lado todo el tiempo en este último trance.

Ahora que te has ido, de pronto se ha hecho un vacío en nuestras almas; pero mientras tengamos palabras de aliento y recuerdos con los que rellenar esa oquedad, no nos habrás dejado del todo.

No te olvidamos. Miguel Ángel Royo Bordonada, en nombre de todos los miembros del CEIPC